

## La Prueba de la fe.

Hebreos 11:17-19

### Introducción:

Luego de un corto paréntesis en el cual el autor de la carta a los Hebreos resaltó los verdaderos objetivos de la fe, los cuales se centran, no en lo terreno, que es perecedero, sino en lo celestial, prosigue en los versos 17 al 19 con el testimonio del padre de los creyentes, es decir, con la fe de Abraham.

Ya hemos visto que la fe de Abraham fue probada desde el mismo principio. Recién fue llamado por el Evangelio, Dios le pone la prueba de tener que salir de la comodidad de su tierra para un lugar que no conoce, el cual le será dado en heredad para él y su numerosa descendencia, pero le tocará vivir y morir como extranjero y peregrino en la misma.

Luego viene otra prueba, Dios le promete que tendrá una numerosa descendencia a través de su esposa Sara, la cual será innumerable, pero los dos son ya ancianos, y Sara no había podido concebir hijos porque era estéril. A pesar de este gigantesco obstáculo para que la promesa se cumpla, Abraham y Sara permanecieron confiados en la promesa divina, y por la fe en Dios recibieron fuerzas en sus gastados cuerpos generándose la vida saludable de un hijo que llevaría en sus lomos a toda la innumerable descendencia prometida, de la cual vendría la verdadera simiente que sería de bendición para todas las familias de la tierra, es decir. Cristo el Mesías.

Ahora llegamos al culmen de la fe, a la prueba reina, al punto ideal, es decir, la obediencia de la fe que nos lleva a entregar totalmente lo que Dios nos ha dado a través de la misma, de manera que nos gozamos solo en obedecerle a Él.

A través de la fe Dios nos da el cumplimiento de sus promesas, y por ella recibimos muchas gracias y bendiciones, pero las cosas o bendiciones recibidas a través de la fe nunca nos deben apresar, sino que ellas son vistas como perteneciendo a Dios, y en el momento que él nos lo pida le devolvemos lo recibido, lo hacemos con mucho gozo, porque nuestro interés no son las bendiciones o cosas que nos da la fe, sino que nuestro interés es tener a Dios

como máxima posesión, y cuando tenemos a Dios, entonces Dios nos tiene a nosotros y le pertenecemos a él, con todo lo que somos.

Hoy comprenderemos mucho mejor porqué Abraham recibió la dignidad de ser llamado el padre de los creyentes.

***“Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac”*** (v. 17).

La vida de Abraham no fue muy fácil. Algunas personas piensan que este patriarca disfrutó como un hijo del Rey todas las comodidades de la vida terrena, pues, Dios le hizo muy rico. Pero considero que pocos creyentes hoy día quisieran realmente tener que soportar las pruebas por las cuales pasó este hombre, pues, no solamente tuvo que vivir y morir esperando que le fuera entregada la tierra prometida, sin ver el cumplimiento, sino que tuvo que esperar pacientemente 25 años, luego de recibir la promesa, para ver nacer a su hijo, del cual vendría la innumerable descendencia de la cual surgiría la nación de Israel.

Pero ahora llegamos a la prueba más grande. Abraham ya es un anciano, y las fuerzas de la juventud han quedado lejos, no obstante, cuando ya él cree que ha superado todas las dificultades y ha escalado a la cúspide más alta de la vida de fe, ¡oh sorpresa le tenía el Señor! Faltaba una prueba más, y esta era más grande que todas las anteriores. *“Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré”*. (Gén. 22:1-2).

La prueba es dura, Dios le pide a Abraham que sacrifique a su hijo Isaac en holocausto. Esta prueba fue más grande que las demás por las siguientes razones:

- Más de 25 años le había tocado esperar a Abraham para ver el nacimiento de Isaac, luchando en contra de grandes obstáculos que hacían parecer imposible el cumplimiento de esta promesa debido a la edad avanzada de Abraham y Sara, sumado a la esterilidad de esta. Fueron 25 años de larga espera, de prueba para la fe, y ahora que se ha cumplido Dios le pide que lo sacrifique, es decir, que se lo devuelva.

- Dios le había dicho a Abraham que la nación que surgiría de él, la cual sería de bendición para todas las familias de la tierra, vendría solamente a través de Isaac. “...*porque en Isaac te será llamada descendencia*” (Gén. 21:12).
- De manera que el corazón de Abraham estaba prendado a este su *unigénito* por lo doloroso de la larga espera para ver su nacimiento (podríamos decir, sin identificarnos con la falsa teología del embarazo de la fe propuesta por un predicador Coreano, que fue un embarazo de 25 años), y también por lo que Isaac significaba en la expectativa de Abraham de convertirse en una nación.
- Los tres días del viaje de Abraham hacia Moriah debieron ser de gran sufrimiento, especialmente porque este santo varón sabía que Dios prohíbe el asesinato y él no es como los falsos dioses paganos que exigen sacrificios humanos. De manera que la mente de este santo varón debió albergar muchas luchas en su interior. “!Cuán punzante debe haber sido su angustia al tener continuamente frente a sus ojos a su propio hijo, a quien ya había resuelto dar una muerte cruenta! La muerte de un hijo bajo cualquier circunstancia debe haber sido muy dolorosa y una muerte sangrienta debe haber causado mayor dolor aún; pero cuando se le ordenó matar a su propio hijo; aquello ciertamente debió haber sido demasiado horroroso de soportar para un corazón de padre; y mil veces debió haber desmayado, de no haberle elevado su fe el corazón por encima del mundo”<sup>1</sup>.

Los tres días de viaje a Moriah se convirtieron, tal vez, en el tiempo más difícil en toda la vida de Abraham. Vagar por muchos años rumbo a la tierra de la herencia, habitar como extranjero y peregrino en Canaán, esperar 25 años a que naciera el niño, no era nada comparado con tener que sacrificar al que le había sido dado por pura gracia, en los años de su vejez. Aquel cuyo nombre significa “risa”, porque había dado alegría a Sara en su vejez, ahora debía ser devuelto al que lo dio. “Dios probó a Abraham para ver si el amor del patriarca por Dios era más fuerte que su amor paternal por su hijo Isaac. Si Dios hubiese tomado la vida de Isaac a través de una muerte natural o aun accidental, la fe de Abraham hubiera sido severamente probada. Pero Dios le pidió a Abraham que tomase a Isaac y que con sus propias manos matara a su hijo como sacrificio a Dios. Job pudo decir: <El Señor

---

<sup>1</sup> Calvino, Juan. Epístola a los Hebreos. Página 249

dio y el Señor quitó> (1:21); pero Abraham tendría que haber dicho: <El Señor me ha dado un hijo y quiere que se lo devuelva como sacrificio>”<sup>2</sup>.

Cuando el autor de la carta a los Hebreos dice que Abraham *ofreció a Isaac*, obviamente no está diciendo que lo llegó a sacrificar, pues, cuando estaba listo para clavar el puñal en el tierno cuerpo del muchacho, un ángel de Dios le gritó desde el cielo, diciendo: “*Abraham, Abraham. No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada*” (Gén. 22:11-12). Entonces a qué se refiere cuando dice que lo ofreció, como si fuera algo ya hecho. Aunque Abraham no logró inmolar a su hijo, no obstante, su fe en Dios era tan genuina y fuerte que, en su corazón, lo entregó a Dios. Dios se lo pidió y él se lo entregó. Desde el primer momento en el cual escuchó la petición del Creador, y durante los largos y penosos tres días de viaje a Moriah, Abraham tenía la firme intención de entregarlo en sacrificio a Dios. “La fe demanda entrega plena y en la acción de llevar a su hijo y colocarlo sobre el altar disponiéndose a sacrificarlo, estaba ofreciendo la muerte de todas sus esperanzas. El sacrificio de Isaac fue iniciado, pero interrumpido, luego por Dios, de modo que potencialmente se produjo como acto de obediencia que la fe demanda. El sacrificio había sido realizado en el interior del corazón de Abraham que no rehusaba entregar todo cuanto era su esperanza en relación con las promesas, a Aquel que había prometido”<sup>3</sup>.

***“Y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia”*** (v. 17-18).

Abraham no era un estoico, no era un hombre despiadado, sin emociones. Aunque la Biblia no nos habla de los sufrimientos de Abraham durante estos tres días de viaje hacia lo que sería la prueba más grande para su fe, no es difícil imaginar la multitud de pensamientos que vendrían sobre el anciano creyente. No obstante, y a pesar de que habían cosas que no entendía, decidió obedecer a la Palabra de Dios, y con paso firme se dispuso a sacrificar a su hijo. Abraham ofreció a Isaac, es decir, se lo entregó a Dios, de manera que su hijo no se había constituido en un ídolo para el anciano Padre. Abraham sabía que Dios quería lo mejor para él, de manera que asumió con valor esta posible pérdida. “Abraham creyó y amó

---

<sup>2</sup> Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 384

<sup>3</sup> Pérez-Millos, Samuel. Comentario exegético al texto griego del Nuevo Testamento. Hebreos. Página 652

a Dios, a ese Dios que le había prometido un hijo. Después de muchos años de espera, Abraham recibió al hijo prometido y lo amó. Entonces Dios le pidió a Abraham que sacrificase a Isaac. Si Abraham sacrificaba a Isaac, él tendría a Dios pero perdería a su hijo. Si desobedecía a Dios, Abraham se quedaría con su hijo pero perdería a Dios. Abraham decidió obedecer a Dios, y de esa manera puso el problema de la pérdida del hijo de la promesa en manos de Dios”<sup>4</sup>.

El autor de Hebreos dice que Isaac era el hijo *unigénito* de Abraham. Bueno, sabemos que el patriarca tuvo otros hijos (Ismael, Gén. 15:3s, y seis hijos con Cetura, 25:1), de manera que la palabra unigénito no hace referencia a que fuera el único hijo biológico de Abraham, sino a que Isaac era el único hijo de la promesa, era el único de su especie, es decir, de la fe. Solo a través de él Dios cumpliría sus promesas salvadoras para con la descendencia de Abraham y las familias de la tierra. Isaac es el unigénito porque fue el elegido para ser el heredero de Abraham.

Dios le había dicho a Abraham que solo en “*Isaac te será llamada descendencia*”, es decir, si Isaac moría, entonces no sería posible que se diera la promesa de formar una nación bendita, ni mucho menos que la simiente de Abraham llegase a ser de bendición para las familias de la tierra, puesto que Cristo, el Salvador y la simiente prometida, viene a través de Isaac y no de alguno de los otros hijos del patriarca. De manera que nuestro autor sagrado pareciera querer decirnos, para Abraham fue una prueba muy dura, porque solo a través de este hijo que Dios pide en sacrificio se cumplirían todas las promesas, no solo las que él recibió, sino la promesa dada al hombre en Edén, de que a través de la simiente de la mujer traería salvación. “La supervivencia de Isaac era vital para el cumplimiento de la promesa. Si moría no podrían llevarse a cabo, conforme a lo que Dios le había anunciado y revelado. Aquí es donde la fe toma la dimensión suprema de la confianza. Dios había prometido, por tanto, la muerte en sacrificio de Isaac, no era un asunto de Abraham sino asunto de Dios. Abraham no podía reconciliar ambas cosas, muerte y cumplimiento de las

---

<sup>4</sup> Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 387

promesas, pero la fe le daba fortaleza para confiar en que Dios iba a hacer honor a su promesa”<sup>5</sup>.

*“Pensando que Dios es poderoso para levantar aún de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir”* v. 19.

La fe de Abraham no era ciega, ni daba pasos en la oscuridad. Si bien es cierto que muchas de las cosas que Dios le pidió hacer no fueron del todo comprensibles para la lógica humana, no obstante, él no daba un paso en falso ni se basaba en falsas ilusiones. Él confiaba en su poderoso Padre y tenía la convicción de que, aunque no lograra comprender los mandamientos del Señor, Dios sabía lo que hacía, y su voluntad es perfecta. Abraham creía en la doctrina de la resurrección de los muertos, y esta doctrina llenó de vigor su fe. Él iba dispuesto a sacrificar a Isaac, pero esto era, aparentemente el fin de la esperanza del cumplimiento de las promesas.

Pero Abraham sabía que Dios no dejaría que sus palabras cayeran a tierra, de manera que confiando en la sabiduría de los planes divinos, Abraham obedece la orden de Dios y va dispuesto a sacrificar a Isaac. Que Abraham creía en la resurrección de los muertos se deja ver en las palabras que él da a los siervos que lo acompañaron hasta Moriah: *“Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros”* (Gén. 22:5). Abraham está seguro que volverá con su hijo, y esto no era porque él estaba pensando en arrepentirse de sacrificarlo a última hora, pues, la Biblia dice que *“cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo”* (Gén. 22:9-10). Abraham no estaba jugando a ser creyente; era un fiel siervo del Señor y tomaba en serio Su Palabra. Lo que Dios decía que hiciera, él lo tomaba en serio y lo hacía. Abraham no era de ese tipo de creyente que se deleita en el culto cantando y adorando, y que obedece algunos principios cristianos que no requieren mucho compromiso, pero que cuando escucha los mandamientos del Señor no los toman en serio, sino que evade su responsabilidad justificando su desobediencia con

---

<sup>5</sup> Perez-Millos, Samuel. Comentario exegético al texto griego del Nuevo Testamento. Hebreos. Página 652-653

argumentos mundanos. Abraham no quiso desobedecer ninguno de los mandatos divinos, así estos significaran un sacrificio completo de su parte.

Si Dios no interrumpe el holocausto, cuando Abraham, posiblemente con mano temblorosa, pero con firmeza de voluntad, tomó el cuchillo para clavarlo en el cuello de su amado hijo, el muchacho hubiera muerto. ¿No amaba Abraham a su hijo? Por supuesto que sí. Cuando Dios le pide que lo sacrifique, tal vez con el fin de hacer más dura la prueba, le dice a Abraham: *“Toma ahora tu hijo, tú único, Isaac, a quien amas...”* (Gén. 22:2). Pero ningún amor terreno puede estar por encima del amor a Dios.

Abraham comprendió bien, anticipadamente, las palabras de Jesús, cuando le dijo a sus discípulos que nadie puede decir que es salvo o discípulo si su amor no está centrado en Dios al punto que ningún otro amor puede estar por encima de él: *“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”* (Lc. 14:26). Aborrecer no es odiar, pues, la misma Biblia nos manda a honrar a nuestros padres, e incluso a amar a nuestros enemigos. Aborrecer, en este contexto significa “amar menos que”. Jesús dice que si no amamos menos a nuestros hijos, padres, hermanos, incluso si no nos amamos a nosotros mismos menos que a Dios, entonces no somos sus discípulos, y por ende, no somos salvos. Estamos jugando al evangelio cuando cualquier otra cosa puede estar por encima de Dios.

Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su hijo, y no tenía temor, porque él estaba plenamente confiado en que Dios le levantaría descendencia a través de Isaac, lo cual implicaba que él creía que sería resucitado luego de ser sacrificado en holocausto. En este sentido, dice el autor de la carta, que Abraham *“también le volvió a recibir”*.

*“Pensando que Dios es poderoso para levantar aún de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir”* (v. 19). El sentido figurado de que habla el autor se refiere a que, aunque Abraham no logró completar el holocausto, no obstante, en su corazón él había entregado su hijo a Dios. Isaac ya había sido sacrificado en los propósitos del patriarca. De manera que cuando escucha la voz del ángel que lo detiene de sacrificar a Isaac, el corazón de Abraham recibe la recompensa de la obediencia, y es invadido del sublime gozo que proviene de haber agradado a Dios, hasta las últimas consecuencias, y de



recibir la aprobación divina no permitiendo que su hijo muera, sino que lo recibe nuevamente, como si Isaac hubiese vuelto a nacer, o hubiese resucitado de la muerte.

Abraham aprendió lo que es vivir por fe, sin desmayar en medio de las duras pruebas, porque confiaba en el poder de Dios: *“Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que le había prometido”* (Ro. 4:20-21). *“La fe no acepta sólo algunas de las perfecciones de Dios, sino todas ellas. Abraham creía que Dios era fiel, pero también lo reconocía como omnipotente. Aceptaba sin reserva las promesas de Dios y las daba por hechas, saludándolas en la distancia desde su momento histórico hasta su cumplimiento. Ese Dios fidelísimo es el Dios de la soberanía y de la omnipotencia. Nada de cuanto existe vino a la existencia sino por el poder autoritativo de su palabra, por tanto, nada es imposible para Él. Aquello que pudiera parecer una contradicción y que resulta incomprensible a la mente humana, es absolutamente natural desde la mente divina del Señor”*<sup>6</sup>.

Aunque somos justificados por la fe delante de Dios, no obstante, solo podemos estar seguros de nuestra justificación cuando se evidencian los frutos de la misma, y el principal fruto es la obediencia. La obediencia no nos salva ni nos justifica, pero si asegura en nuestros corazones que realmente pertenecemos al Salvador. Abraham había sido justificado por la fe, cuando creyó en la palabra inicial de Dios (Gén. 15:6), pero cuando él obedeció de todo corazón al Padre, demostrando que ningún amor en este mundo era superior al amor a Dios, él recibió un testimonio fehaciente de la realidad de su justificación *“¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?”* (Stg. 2:21-22).

Algunos comentaristas afirman que esta escena entre Abraham e Isaac es un tipo de Cristo. Si bien es cierto que hay algunas similitudes, no obstante, en las Sagradas Escrituras no se nos dice que esto sea un tipo de Cristo. Las similitudes que existen son: Así como Abraham estuvo dispuesto a entregar a su hijo unigénito, Dios el Padre, de todo su corazón, con toda

---

<sup>6</sup> Perez-Millos, Samuel. Comentario Exegético al Texto Griego del Nuevo Testamento. Hebreos.



voluntad, y sin que nadie se lo pidiera o se lo ordenara (aquí se diferencia de Abraham), entregó a su Unigénito hijo para que muriera en lugar de Isaac y en lugar de todos los pecadores que creen en él. Más bien, el animal que fue sacrificado en lugar de Isaac es un tipo de Cristo.

Otra similitud es que así como Abraham volvió a recibir a Isaac como aquel que viene de la muerte, el Padre Santo recibió a su Hijo Jesucristo, luego de pasar por la tribulación de la cruz y la muerte, siendo abandonado totalmente por Dios.

### **Aplicaciones:**

- Hemos aprendido que el amor de Abraham hacia Dios era inquebrantable. Nada estaba por encima de ese amor, ni siquiera el amor a su único hijo. Abraham solo quería agradar a Dios cumpliendo su Palabra, así esto implicara el más grande de los sacrificios. Hermano, ¿Cuál es la calidad de tu amor hacia Dios? ¿Qué sacrificios has hecho por Dios? ¿Tu obediencia a los mandamientos de Dios es total e inquebrantable o, está sujeto a tu humana consideración? ¿Amas a Dios cuando eso no implica sacrificio alguno? Cuantas personas dicen ser cristianas pero no aman a Dios con su corazón, se aman más a sí mismos, aman más su comodidad, a su familia, sus posesiones, sus sueños, y solo sirven a Dios cuando eso no implique sacrificar nada amado por ellos. Algunos no se comprometen con la iglesia, ni con el ministerio, porque eso significaría asumir una responsabilidad que puede afectar su comodidad terrena, no obstante, estas personas suelen decir que aman a Dios, y le obedecen, y le adoran. Pero me pregunto ¿Qué entienden ellos por amar a Dios, u obedecerlo? ¿Hacer lo que ellos mismos determinan es la voluntad de Dios? Hermanos, recuerden esto: si no amamos a Dios más que a todos nuestros otros amores, entonces no somos hijos de Dios.

- La fe y la obediencia van de la mano. No pueden estar separadas. La una conduce necesariamente a la otra.

- Hemos aprendido que “la fe triunfa porque (a) cree en la grandeza de Dios a pesar de las dificultades, (b) confía en la bondad de Dios a pesar de las apariencias, (c) obedece las

órdenes de Dios a pesar de las consecuencias”<sup>7</sup>. Cuántas veces, en nuestro caminar cristiano de fe, encontramos altos muros oscuros que cierran el camino. Pero cuando creemos y obedecemos la Palabra del Señor, entonces él abre puertas donde parecía no haber salida. Que nuestro corazón descanse en el Señor y en el poder de su fuerza, si es que hemos creído en él y le obedecemos de todo corazón.

- Muchas enseñanzas y aplicaciones pueden extraerse de la prueba de la fe de Abraham. Quiero compartir con ustedes esta aplicación del gran comentarista William Barclay: “Esta historia nos enseña que debemos estar dispuestos a sacrificar lo que nos es más querido por nuestra fidelidad a Dios. Ha habido muchos que le han sacrificado la carrera a lo que consideraban que era la voluntad de Dios. A veces uno tiene que sacrificar sus relaciones personales. Puede que se sienta llamado por Dios a una tarea en una esfera difícil y en un lugar poco atractivo, y tal vez su novia no está dispuesta a arrostrarlo con él. Él tiene que escoger entre lo que cree la voluntad de Dios, y unas relaciones que significan mucho para él. Cuando Bunyan estaba en la cárcel, le preocupaba lo que sería de su familia si le ejecutaban. Especialmente no le dejaba el recuerdo de su hijita ciega, a la que quería tanto. <!Oh! – decía-, me veía en aquellas circunstancias como un hombre que tuviera que derribar su propia casa sobre las cabezas de su mujer y de sus hijos; y creía que tenía que hacerlo, que tenía que hacerlo>”<sup>8</sup>. Amigo ¿No has venido a Cristo con todo tu corazón porque temes perder tus amistades o el amor de tus familiares? Si no amas a Dios con todo tu ser, más que todos los otros amores, entonces no eres digno de tener a Dios en tu corazón. Solo cuando estés dispuesto a perder todos los amores de este mundo, disfrutarás del verdadero y único amor que satisface plenamente el corazón. Ven a Cristo, toma tu cruz, sufre la prueba, y cuando hayas vencido, recibirás la más grande recompensa: *“Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, , que Dios ha prometido a los que le aman”* (Stg. 1:12).

---

<sup>7</sup> Taylor, Richard. Comentario bíblico Beacon. Hebreos hasta Apocalipsis. Página 149

<sup>8</sup> Barclay, William. Comentario al Nuevo Testamento. Página 916